

Refugio militar y santuario político: el exilio carlista en los Pirineos orientales franceses, 1868-1877

LLUÍS FERRAN TOLEDANO GONZÁLEZ

Universidad Autónoma de Barcelona

1. La emigración carlista en tiempos de guerra

La historia del sexenio democrático se ha reducido a las consecuencias diplomáticas de la búsqueda de un rey, cuando estuvo afectada por derivadas internacionales de tanto o mayor alcance. Conocemos las repercusiones del reconocimiento del nuevo estado italiano por parte de Isabel II^a y el impacto entre los católicos de la ocupación de los territorios pontificios. Sin olvidar las dimensiones europeas que tuvo la guerra carlista, que proyectó una imagen de cruzada religiosa y legitimista que interpelaba todo el orbe, y acabó por otorgar un papel singular a los espacios de frontera. Un enfoque coral, pues, necesario para captar en su justo término la emigración política carlista y cambiar la imagen tradicional que otorgó a los exiliados el rol de víctimas pasivas, por otra que los sitúe como sujetos activos de influyentes procesos históricos.

Sostenemos la tesis que históricamente fue más relevante el fenómeno de la emigración política durante el conflicto bélico, en el período 1869-1876, que no a partir del exilio posterior a esa fecha. Las razones son diversas. Por un lado, la intensidad de las actuaciones de los carlistas, de sus simpatizantes y de sus homólogos legitimistas, hizo que la experiencia de los años previos fuera más significativa en términos de aprendizaje político y de politización. En segundo lugar, la cuestión carlista reactivó un conjunto de oportunidades en el debate político francés

y europeo que más tarde no será comparable en intensidad. Para los legitimistas franceses, la guerra española propició un poderoso engarce con los debates políticos nacionales, en el contexto de la repulsión frente a una Francia liberal debilitada tras la humillación de Sedán. De ahí la pertinencia del estudio de emigrados y refugiados “en guerra”.

Habitualmente, la historiografía ha producido estudios sobre contingentes de emigrados que han suministrado series cuantitativas sobre la condición socio profesional de los internados y sus actividades. Disponemos de las investigaciones de Jean Larrieu sobre los refugiados en Toulouse tras la primera guerra, la de Rafael Rodríguez-Moñino sobre la acción del consulado de Sète a lo largo del siglo, o el de Ángel García-Sanz sobre los carlistas navarros emigrados en el primer conflicto¹. Otros trabajos se han centrado en las consecuencias de dicha emigración en el marco departamental y en la última guerra. Nos referimos entre otros a los trabajos de V. Garmendia, F. Gaudeul, y C. Naya, o los estudios de Concha Rodríguez sobre Ramón Cabrera y Jordi Canal sobre el pretendiente². Con todo, sabemos poco sobre la emigración como motor de politización y de socialización entre los tradicionalistas.

Desconocemos si la experiencia del destierro sirvió de catarsis política en el partido, marcando itinerarios de radicalización o de conciliación, aunque parece que el nuevo modelo no se asemejó a las divisiones existentes durante la primera guerra, entre opuestos al convenio de Vergara y partidarios de encontrar vías de arreglo. Deberíamos considerar si la experiencia de la derrota les empujó hacia la vía civil o les perpetuó en la cultura insurreccional, o si eran posiciones tomadas con anterioridad. En el sexenio se ha demostrado que la opción de la política civil no era contradictoria con la militar, y que fue asumida con entusiasmo por muchos de los advenedizos al partido en 1869. La tesis por la que los neos abrazaron la

¹ El trabajo de Jean Larrieu, *Les refugies espagnols à Toulouse lors des guerres carlistes (1830-1850)*, Diplôme d'études supérieures d'histoire, 1971, dirigida por Jacques Godechot. Rafael RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, *El exilio carlista en la España del XIX (Carlistas y “demócratas” revolucionarios)*, Madrid: Castalia, 1984, en especial el capítulo relativo a la tercera guerra carlista. Más reciente, Ángel GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, “Los exilios de los militares carlistas navarros de 1838-1839”, en D.D.A.A., *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX. II Jornadas de Estudio del Carlismo, 24-26 Septiembre 2008. Estella*. Actas, Pamplona: Gobierno de Navarra, pp. 55-98.

² Ver V. GARMENDIA, “Notes sur la présence carliste en Aquitaine à l'époque de la seconde guerre carliste”, en *Bulletin Hispanique*, t. 96, julio-diciembre 1994, pp. 435-451; F. GAUDEUL, “La deuxième guerre carliste (1872-18876) et la région de Bayonne”, en *Bulletin de la Société des Sciences. Lettres et Arts de Bayonne*, 1973, pp. 309-336; C. NAYA, *La emigración carlista en las provincias del suroeste de Francia en los años 1872-1876*, trabajo d'Etudes et de Recherches, Universidad de Burdeos 3, 1987. Una buena monografía en Conxa RODRÍGUEZ VIVES, *Ramon Cabrera a l'exili*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1989, y Jordi CANAL, “Incómoda presencia: el exilio de don Carlos en París”, en F. MARTÍNEZ, J. CANAL y E. LEMUS (eds.), *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid: Marcial Pons, 2010, pp. 85-112. Muy sugerente J.F. FUENTES, “Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX”, en *Ayer*, nº 47, 2002, pp. 35-56.

causa carlista en 1868 para abandonarla en 1876, no se sostiene. El sexenio fue un gran laboratorio de politización y de acumulación de experiencias por parte de jóvenes ultramontanos, en el seno de círculos y juntas electorales, en la batalla de las ideas o en los ambientes conspirativos de las juntas de armamento. Los que se hicieron carlistas entre 1868 y 1872 por miedo a la revolución, no volvieron, desengañados, a la causa liberal en 1876. Eso no quiere decir que no se aprendieran cosas y que no hubiera escarmiento, pero las fracturas principales tienen su origen en el énfasis dado a la religión y la autoridad tradicional como dique a los retos originados por el cambio social³.

Con todo, formaba parte de la cultura política carlista adjudicar la culpa de las derrotas a las intrigas de los ambiciosos de la corte, y a las traiciones compradas con dinero liberal. Ese era el recurso repetido ante una pregunta sin fácil respuesta: ¿cómo explicar al pueblo la derrota de un “ejército católico” y que vencieran los enemigos de la religión? El testimonio del carlista Leandro Nagore, a fines de 1875, es revelador del desánimo y las divisiones internas de la comunión, “De mis impresiones en el campo carlista durante los cinco meses de destierro, no diré más sino que vi confirmados mis vaticinios en orden a la rivalidad, antipatía y enemistades entre los Jefes. Muchas ambiciones, desbarajuste, poca pureza en los empleados civiles y mucha falta de recursos y de cabezas bien organizadas y de gobierno”. En sus paseos y conversaciones de destierro con el general Mendiri, éste le confirmó que las celadas, intrigas y censuras de los jefes cerca del Rey eran una de las causas principales de la derrota⁴.

Una lección similar se extrae de las memorias del secretario de don Carlos, el conde de Melgar. “En 1876 se hallaba al frente de un partido de descontentos, que salía de una tremenda lucha de cuatro años, desengañado, descorazonado, buscando las responsabilidades de todos, y a la casa del destierro no llegaban más que cartas de quejas y de recriminaciones”. Don Carlos le aconsejó que se imponía un período de inacción y de espera. Se precisaba un pararrayos, un chivo expiatorio en forma de representante político en España, que concentraría todos los odios⁵. Con todo, es probable que la desmoralización y el distanciamiento con la dirección fuera más selectivo. El prefecto de los Bajos Pirineos relató un suceso ocurrido en la estación de Pau, cuando un cierto número de oficiales y soldados carlistas venidos

³ Entre otras cosas, pienso que he podido demostrar suficientemente estas ideas en mi libro *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1876)*, Lleida: Pagés editors, 2001.

⁴ Ver Leandro NAGORE, *Apuntes para la historia, 1872-1886. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*, Pamplona: Institución Príncipe de Viana, pp. 207.

⁵ MELGAR, Conde de, *Veinte años con Don Carlos. Memorias de su Secretario el Conde de Melgar*, Madrid: Espasa Calpe, 1940, pp. 149.

del depósito de Montauban, reconocieron a la duquesa de Madrid, esposa de don Carlos, y descendieron emocionados de los vagones y la ovacionaron gritando vivas a Margarita⁶.

En cualquier modo, es conveniente centrar la cuestión de la emigración en el contexto europeo. Un viejo caudillo carlista y experimentado emigrado, Joan Castells, que había protagonizado en Barcelona y Gracia el primer levantamiento de una partida carlista en toda España, la noche del 7 de abril de 1872, envió años más tarde una carta a su agente en la frontera en la que le explicaba la razón de ser de la guerra. Estaba desesperado porque había cundido el desánimo entre sus paisanos y necesitaba urgentemente del apoyo de sus homólogos franceses. El guerrillero cuestionaba con amargura porqué los católicos europeos no sostenían la lucha con dinero y municiones, cuando “Tous les catholiques, tous le légitimistes sont interesés à notre victoire. Nous tenons en arrêt la révolution entière”⁷.

Francia, a mediados de siglo, ofrecía una imagen dual, heredera de la revolución pero representativa al mismo tiempo del empuje de nuevas generaciones de ultramontanos, guardianes de la vieja “nación católica”. España y Francia, albergaban espacios incontaminados por el liberalismo, resguardados del influjo de la urbe liberal y de la disoluta industria. El País Vasco y la montaña catalana eran para los viajeros y agentes legitimistas, una oportunidad para tomar contacto con ese paraíso perdido. Unos paisajes humanos que se convirtieron en territorios de exilio y redención para los contrarrevolucionarios de diversos países.

La emigración, para los carlistas, constituyó un estado, una vivencia trasladada a la diversidad de escenarios de combate entre el liberalismo y la tradición. Conformó una determinada experiencia de continua interinidad, en la medida que la lucha entre el bien y el mal formaba parte de la condición humana. En ese sentido, el carlista acérrimo era un permanente exiliado, extrañado en su propia tierra. Un exilio particular que no se dilucidaría hasta la entrada de Don Carlos en Madrid o incluso hasta el juicio final. Formaba parte central de su ideario la creencia que la paulatina retirada de la esfera religiosa no era más que una manifestación universal de las sucesivas rebeliones del hombre contra Dios. En ese sentido, el exilio realista y tradicionalista del siglo XIX se resumía en una constante pérdida de territorio social, donde las buenas prácticas cedían terreno frente al avance de la cultura

⁶ Carta del Prefecto de los Bajos Pirineos al Ministro del interior, Pau, 7 de mayo de 1876. Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (AMAE), Paris, colección Mémoires et Documents, Supplément, XII.

⁷ Carta de Joan Castells a Raymond, Seo de Urgel, 7 de mayo de 1875. Firma como jefe de la segunda división del ejército carlista en Cataluña. Fondo A. Pirala, legajo 9/6893, Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH). Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ, *Carlins i catalanisme. La defensa dels furs catalans i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875*, Manresa: Ed. Farell, 2002, pp.79.

librepensadora. Doblemente emigrado, el carlista sufría un exilio local desalojado políticamente de su terruño, y el exilio en el extranjero padeciendo privaciones fuera del amparo de la familia y su parroquia.

Mientras que el emigrado liberal percibía dos mundos separados, la tierra de origen y la sociedad de acogida (en el mismo país o fuera de él), el carlista no podía sustraerse a cualquiera de los dos ámbitos porque su estampa era la del permanentemente exiliado. Si bien la cultura liberal española no quiso o no supo integrar en su panteón y memoria nacional a los sacrificados exiliados, el carlismo incorporó esas experiencias. El emigrado fue un mártir de la tradición más. El mártir carlista, en la medida que era víctima consciente de la desnaturalización de la comunidad, se convirtió en una muestra fidedigna de la *death catholic nation*, expresión en negativo de la construcción de la nación liberal. A pesar de todo, el nuevo contexto político alentó el proverbial tesón conspirativo y militante del carlismo. Si los revolucionarios liberales de 1866 y 1867 habían “comido el pan de la emigración” pero al final obtuvieron el triunfo compensatorio, los carlistas tan sólo debían ser pacientes y esperar su oportunidad.

2. El legitimismo rosellonés

En la situación auspiciada por MacMahon, para algunos era posible rectificar el proceso histórico por medio de la instauración de una monarquía legítima, la Francia “*châtelaine*” de aristócratas, patricios, profesionales y campesinos católicos⁸. La politización de la cuestión romana a mediados de siglo, permitió en el sur de Europa que la oposición entre el tradicionalismo y el mundo moderno no pareciera tan irreconciliable. La nueva lectura de la modernidad en clave católica dio salida al renovado legitimismo y al remozado carlismo, y es en esos parámetros como cabe situar la experiencia de los emigrados, puesto que el conflicto armado español era visto como una prolongación de la lucha entre la comunidad católica y la sociedad liberal. De ahí el éxito de la opción en Cataluña del hermano del pretendiente don Alfonso y de su esposa María de las Nieves, de poner el acento en el trasfondo religioso de la contienda, porque permitía al legitimismo francés volver a soldar la relación un tanto maltrecha con el clero de su país, que daba prioridad al pontífice por encima de los candidatos al trono.

⁸ La clásica síntesis de Stéphane RIALS, *Le légitimisme*, Paris: PUF, Que sais-je, 1983; Samuel M. OSGOOD, *French Royalism since 1870*, 2ª ed. The Hague: Marinus Nijhoff, 1970 y Steven D. KALE, *Legitimism and Reconstruction of French Society (1852-1883)*, Baton Rouge y Londres: Louisiana State University Press, 1992. Clásico y sugerente, Michel DENIS, *Les royalistes de la Mayenne et le monde moderne (XIXe-XXe s.)*, Paris: Klincksieck, 1977. Una nueva visión en Hilaire MULTON, “Géographies et mémoires de la culture politique blanche dans la France du XIXe siècle”, en D.D.A.A., *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2008, pp.129-144.

El teatro de la crisis se apoyaba en tres pilares: Roma, sede moral de la acción de Dios sobre el mundo; Francia, eje geográfico y secular de todas las grandes crisis sociales y, la España católica, centro que resistía todos los yugos. Cada uno tenía su misión, pero ahora la Francia “très-chrétienne” tenía el honor de ayudar a restablecer en Europa, comenzando por España, los verdaderos principios. Por ello el pretendiente publicó un desesperado *Appel de Charles VII aux Royalistes Français*, en septiembre de 1875, investido como campeón de la causa católica y del derecho monárquico contra la revolución cosmopolita. El ardor de los voluntarios carlistas traía recuerdos de épica vendeana⁹. Así lo vivía un destacado legitimista, el barón de Forstner: “Perder en Roma, perder en Francia y ahora en España, es terrible”¹⁰.

Los Pirineos Orientales no coinciden con el cliché de la Francia rural conservadora, porque era un territorio muy polarizado entre el legitimismo y el republicanismo radical. Las zonas legitimistas se distribuían en La Salanca¹¹, el Vallès-oriental, la alta Cerdeña y a lo largo del río Tec. En cambio, Perpiñán y el resto del departamento, eran republicanos¹². En el hábitat disperso de la masía, la autoridad se repartía entre el gran propietario, con una fuerte clientela dependiente, y el cura. Por regla general, los asuntos españoles se relacionaban con la política local, mientras que la política nacional se ventilaba en París. Entre 1845 y 1852, la cuestión hispánica —la guerra de los *matiners*— fraguó una alianza provisional entre republicanos y legitimistas, hostil al gobierno español. Un aprendizaje político que acompañó el proceso de creación de la nación estado, tal y como estudió en su día Peter MacPhee¹³. Paradójicamente y al revés que para el caso español, cabe pensar que el conflicto de 1872 sirvió para acelerar la dinámica de nacionalización política entre republicanos y legitimistas.

La prensa fue un importante vehículo creador de opinión, propalando bulos, bandos y proclamas, o construyendo nuevos mitos movilizadores, como el de Francesc Savalls, figura que substituyó a Ramón Cabrera como referente popular. Un lugar importante en esa tarea la tuvieron los periódicos publicados en Perpiñán, *Le Drapeau Français* y *Le Roussillon*, enzarzados en riñas y acusaciones contra el diario *L'Independent*¹⁴. Sus páginas albergaron una sección de noticias de España,

⁹ *Appel de Charles VII aux Royalistes Français*. Leiza, 12 de septiembre de 1875, 1 h., Lyon.

¹⁰ Jordi MORET, *Memoria inèdit escrit pel general Estartús*, Girona: Diputació, 2000, pp. 180.

¹¹ Geneviève GAVIGNAUD, *Propriétaires-viticulteurs en Roussillon. Structures. Conjecture. Société (XVIII-XX siècles)*, París: Publications de la Sorbonne, 1983.

¹² El estudio de J. FADEUILHE, *Les monarchistes en Catalogne française au début de la III République, 1870-1914*, Facultad de Letras, Memoria de Historia Contemporánea, Toulouse, 1969.

¹³ De Peter MACPHEE, *Les semailles de la République dans les Pyrénées Orientales (1846-1852)*, Perpiñán: Les Publications de l'Olivier, 1995.

¹⁴ Sobre l'impacte de la guerra en la premsa francesa, E. GAUTHIER, *La guerre carliste (1872-1876) et les journaux païsois*, Maitrise d'Histoire, 1980. Université de Pau et des Pays de l'Adour.

pero al hacerse la guerra omnipresente aparecieron crónicas estables bajo el epígrafe “Catalogne”.

Le Roussillon se definía defensor de los principios de la civilización católica frente a la “barbarie” de la Comuna, de la familia y la propiedad¹⁵. Suya era la causa del Papa, de los católicos belgas y de los católicos alemanes perseguidos; se manifestaba contra Vittorio Emmanuel y apoyaban a los españoles contra el intruso Amadeo¹⁶. En realidad, eran carlistas “de última hora”. Se presentaban como un homólogo del parisino *L'Univers*, estandarte del catolicismo político que reconocía al conde de Chambord¹⁷; asimilable, por tanto, a la evolución experimentada por los neocatólicos en España. El núcleo de sus artículos identificaba la causa carlista con la católica, sin más distinciones, insistiendo que los conservadores españoles se habían acercado al campo de don Carlos por culpa de los excesos revolucionarios. Con el tiempo, ese periódico asumió los suscriptores de la otra publicación legitimista, *Le Drapeau Français*, tras la decisión de sus socios en 24 de mayo de 1874.

Lo más destacado de esos medios fue presentar la victoria carlista como la garantía de una política “latina” frente a la emergencia de Prusia. En la medida que el rey Amadeo Iº era visto como un aliado de Bismarck, se estimulaban los miedos galos y la revancha. Más adelante, la experiencia cantonal sería presentada como el correlato de la comuna, aumentando el arsenal de miedos sobre la opinión pública local. Una de las claves del relato legitimista francés puso en relación el arrepentimiento de los conservadores con los errores históricos del liberalismo, incapaz por sí solo de salvar a la sociedad. El recurso al caos liberal se podía ver reforzado por opiniones como la expresada por el cónsul francés en Barcelona, quien al describir la situación catalana a fines de 1872, no encontró otro punto de comparación que exclamar “Un pareil état de choses n’a d’analogie qu’en Grèce et dans quelques parties des Calabres”¹⁸.

Le Drapeau Français apareció tres veces por semana, financiado por Charles de Lazerme, para satisfacer la curiosidad de un cierto número de lectores del departamento, y “encourager le petit nombre d’Espagnols qui aimant avant tout

¹⁵ Jean LARRIEU, “Le Roussillon, organe royaliste nord-catalana et les guerres civiles espagnoles: 1870-1939”, en Jean SIGNES y Sylvie CAUCANAS (ed.), *Les Français et la guerre d’Espagne*. Actas del Coloquio de Perpiñán de 28, 29 y 30 de septiembre de 1989, Centre de Recherche sur les problèmes de la frontière, Universidad de Perpiñán, 1990, pp. 113-122.

¹⁶ *Le Roussillon*, Perpiñán, núm. 154, 2 de julio de 1872.

¹⁷ Resultan interesantes los artículos de Stéphane RIALS, “Contributions à l’étude de la sensibilité légitimiste: le “chambordisme”, y “Henri V et l’affaire du drapeau blanc”, recopilados en su libro *Révolution et contre-révolution au XIXe siècle*, Paris: Duc/ Albatros, 1987, pp. 220-239.

¹⁸ Informe del Cónsul francés en Barcelona a la embajada en Madrid, de 9 de noviembre de 1872. AMAE de Nantes, serie A, legajo 65 (1867-1883).

l'ordre et la tranquillité habitent la frontière"¹⁹. Entre sus objetivos fundacionales se encontraba difundir el catolicismo y las buenas prácticas de los propietarios con los obreros. Abrió una sección permanente titulada "Nouvelles d'Espagne", suministradas por los cuarteles generales de los ejércitos reales de Cataluña y Valencia, y los comités carlistas existentes en Bayona y Toulouse. Un tejido de complicidades coronado con la declaración del congreso de prensa legitimista celebrado en Tours, el 30 de abril de 1874.

El voluntario carlista era descrito como un soldado disciplinado, que pagaba todos sus gastos y dispensaba buen trato a los vecinos, frente la altivez y arrogancia del gobierno de Madrid. Savalls era presentado como el caudillo más hábil y heroico, adorado por los suyos, con el pedigrí añadido de ser un antiguo oficial de zuavos. Una carta al director describía una escena que se haría frecuente, la del internamiento de carlistas. Se quería fijar la atención del lector en un joven, ferviente y caritativo cristiano, residente otro tiempo en Perpiñán, que fue conducido a la estación de ferrocarril para su internamiento. Se quejaba de ser visto como un ladrón, cuando simplemente era un soldado de España y de su legítimo rey Carlos VII. Decía ser un carlista blanco²⁰.

Una coyuntura más propicia para las armas carlistas se dio tras la represión de la *Commune*. Cuando el mariscal MacMahon, encargado de aplastar a los revolucionarios, fue nombrado presidente de la República, mejoraron las condiciones para reactivar el "santuario" fronterizo. Proliferaron las reuniones en iglesias y en casas de simpatizantes para obtener empréstitos, mientras el elemento clerical se encontraba a la expectativa. Parecía darse un apoyo mayor entre los legitimistas del mediodía que en los del norte francés, pero a finales de 1872, según los informes del cónsul español en Perpiñán y del prefecto, el apoyo aún era tibio entre los legitimistas del departamento.

Con el advenimiento de la primera república española la situación tomó un giro radical. La circulación de armas y pertrechos se hizo frecuente, e incluso la presencia pública de cabecillas por las calles de Perpiñán fue ostentosa. Muchos uniformes conservaban los botones con la inscripción G.M., expresión de "Garde Mobile"²¹. En ese clima fueron comprensibles los lamentos del cónsul español refiriéndose al aumento de la actividad legitimista, y la crítica a la relajación del

¹⁹ *Le Drapeau Français*, núm. 76, Perpiñán, 38 de junio de 1872. En el número 105, correspondiente al 6 de septiembre de 1872, hizo un llamamiento directo al apoyo de todos los realistas de Francia con la causa española, ante la nueva fase ascendente en la entraba el carlismo bélico.

²⁰ *Le Roussillon*, núm. 180, Perpiñán, dos de agosto de 1872.

²¹ Carta del Ministro español de asuntos exteriores Vega de Armijo al Marqués de Noailles, en 11 de octubre de 1874. Archivos Nacionales, Paris, F7/ 12576.

general Lapasset, jefe de la división militar de la frontera, con motivo de sus “ideas muy poco liberales y altamente clericales”²².

La radicalización de la república española hizo temer un contagio en Francia. En un artículo, Adolphe Amoroux afirmó que “si don Carlos n’arrive pas bientôt à Madrid, il y sera précédé par les Comunards qui sont en route pour s’y rendre de tous les points de l’Europe”. Todos los activistas revolucionarios estaban dispuestos a lanzarse sobre el cadáver español. Utilizando la célebre máxima, el petróleo o don Carlos, *communards* o carlistas, se daba la señal del comienzo de todas las restauraciones frente a la república universal. “A Barcelona, plus près de nous, l’influence française se fait sentir encore davantage”²³. En ese ambiente doña Margarita pasó a residir sin ser inquietada cerca de Burdeos, en un castillo propiedad de la hermana del que había sido representante electo a la Asamblea Nacional por la Girona, el legitimista Joseph de Carayon-Latour.

A mediados de 1873 Perpiñán se había convertido en un reconocido centro carlista, mientras continuaban las reclutas en la Alta Cerdaña y el resto del distrito. A fines de junio el consulado había perdido su influencia con el prefecto. No le daba listas de españoles para internar, porque consideraba a los carlistas como extranjeros y no como sospechosos de actividades políticas ilegales. A fines de ese año, pues, Perpiñán, en palabras del nuevo cónsul español José María García, había adquirido su cenit conspirativo: “Esta población continúa siendo el centro de donde salen para toda Europa las noticias de sensación y que tanto contribuyen a extraviar la opinión pública sobre los asuntos de España”. Una impresión tal vez exagerada, porque no incorpora Bayona, pero sintomática de la relevancia adquirida en el conjunto de la contrarrevolución²⁴.

La nueva política francesa ordenada desde París, permitió un activismo más favorable a las intrigas y maquinaciones. Simplemente, se miraba a otro lado. El gobierno había retirado las patrullas de gendarmería y no molestaba a los carlistas que pasaban agentes y pertrechos. Algunos carlistas con atuendos militares se pavoneaban por las calles de Perpiñán, enganando en esquinas y plazas grandes carteles con noticias de la derrota y muerte del coronel republicano Cabrinetty. Con descaro, Francesc Savalls se reunía en el café más concurrido de la capital rosellonesa y frecuentaba los comités legitimistas y los redactores de *Le Drapeau*

²² Carta del Cónsul español en Perpiñán Manuel Montserrat y Berrier al Ministro de asuntos exteriores, de 30 de mayo de 1873, (AMAE), Madrid, legajo 2014.

²³ *Le Roussillon*, núm. 38, Perpiñán, quince de febrero de 1873.

²⁴ Nuevamente, telegrama entre el Cónsul español en Perpiñán, José María García y el Ministro de asuntos exteriores español, en fecha de 23 de enero de 1874. AMAE, Madrid, legajo 2014.

français. No obstante, la tolerancia no significó un incremento real de las aportaciones pecuniarias francesas.

Otro punto de efervescencia coincidió con los mayores éxitos del ejército carlista, tanto en el Norte vasco-navarro como en Cataluña. En la primavera de 1874, la expectativa de un feliz desenlace en el sitio de Bilbao suponía ganar el reconocimiento internacional como beligerantes, y a ese optimismo se unía la sonada victoria de Savalls frente a Nouvilas. La crisis de España tocaba a su fin, según el cálculo más ingenuo. Francia sacaría provecho de la situación, y dispondría de un fiel aliado no sujeto a las intrigas de Prusia: “Tout fait supposer aujourd’hui que la restauration définitive de l’Espagne est proche, et qu’elle précèdera la restauration française”²⁵. La prensa local se hizo eco de los artículos de Louis Veuillot publicados en *L’Univers* en los que después de *La Vendée* y de *Castelfiardo*, el heroísmo de los navarros despertaba una nueva era: “Le martyr est un ressuscité perpétuel. Il se repose dans la tombe, et la tombe se rouvre au moment opportun. Le prêtre, la vierge et le martyr sont d’institution divine; le monde obéit à ces crucifiés”²⁶. Por aquel entonces, una imprenta de Barcelona, la Tipografía Católica, publicaba una obra de Veuillot titulada *Lo que es un párroco*.

Los Pirineos orientales fueron el principal laboratorio de experiencias políticas y núcleo de acogida de emigrados y refugiados, junto al otro gran foco de Bayona. No constituyeron los únicos espacios (Pau, Foix, Toulouse, junto con la móvil corte carlista), pero sí los más numerosos, dinámicos y decisivos. Con el tiempo, la falta de recursos llevó a los comités legitimistas del mediodía a acudir a las sociedades de beneficencia. El mes de febrero de 1873 diversos núcleos clericales se reunieron en Angulema, y decidieron enviar delegados a Bruselas, Malines, Namur y otras poblaciones con el fin de extender la red de solidaridad. Ese proyecto acabó de afianzarse en Aviñón, donde se encontraron partidarios belgas, italianos y franceses, que reanudaron el propósito de extender los trabajos a París y Londres.

El propósito central de esos centros de amparo fue la consecución de dinero. Hermenegildo Díaz de Cevallos, secretario militar de Don Carlos en 1868 y, más tarde, encargado de esos asuntos para el Principado, explicó en una memoria el tipo de apoyos internacionales del carlismo y las dificultades de aprontar recursos. La respuesta del conde de Chambord fue “que vería con gusto que sus partidarios en Francia hiciesen lo que pudiesen a favor de su sobrino, pero que en cuanto a él no podía hacer el más pequeño sacrificio”. Uno de los principales jefes del comité legitimista de París, el Marqués de la Ferté, le hizo saber, a su vez, que “habiéndose

²⁵ Escrito por Adolphe Amouroux en *Le Roussillon*, núm. 63, Perpiñán, 17 de marzo de 1874.

²⁶ Transcrito en *Le Roussillon*, núm. 80, Perpiñán, 10 de abril de 1874.

hecho en otras ocasiones los mayores sacrificios por la causa carlista, no podían repetirlos”. Los proyectos de empréstitos fracasaron durante ese año porque no existían garantías de retorno²⁷.

Sin embargo, tras el desarrollo de los acontecimientos políticos entre 1870 y 1873, la sensibilidad de la nobleza ultramontana europea agitó la campana de sus solidaridades familiares. El duque de Módena aportó cincuenta mil francos como donación personal a sus parientes carlistas en 1872 y otros tantos en 1873; los príncipes alemanes de Löwenstein dieron otros cuarenta mil en ese último año, y Philippe de Cazeneuve reunió en Bélgica la cantidad de cien mil francos en enero de 1874²⁸. Una cruzada que estrechó lazos entre las diferentes ramas de los Borbones, los legitimistas del conde de Chambord, los carlistas en España, los de Nápoles y los de Parma.

Un elemento notable en esa red fue el barón Ferdinand de Chefdebien, representante en el departamento del conde de Chambord, y que se puso a las órdenes de los príncipes carlistas. También estuvo presente otro enviado del pretendiente francés, el conde Joseph du Bourg, al lado del conde de Montbel, de Toulouse, y de Cazeneuve, un provenzal. El barón Alexis de Souvras jugó un papel muy principal. Propietario de tierras y comerciante de tejidos, puso a disposición de los emigrados su almacén como lugar de encuentro habitual. Souvras desempeñó una función semejante a la de Jean-Baptiste Alsina como agente central del carlismo de la primera y segunda guerras.

El cónsul español reconocía que “el comité carlista de aquí lo componen en su mayoría franceses y sin ellos los carlistas catalanes no prolongarían tanto la lucha”. Un personal que provenía de poderosas dinastías locales, que controlaba la sociedad de San Vicente de Paúl, instituciones eclesiásticas dedicadas a la enseñanza, y que había influido en periódicos como *l'Étoile du Roussillon* y *La Gazette de France*, donde movían su pluma funcionarios de alto rango y abogados de prestigio. Un tejido de complicidades urdido por la base con familias de la antigua nobleza catalana, propietarios de tierras de regadío que dominaban la llanura de la Salanca, cerca de Perpiñán: los Bertran, Guardia, Passamá, de Maciá, de Rovira, de Llobet y de Garriga.

Un caso ilustrativo es el barón de Senaller, Guillem d'Areny de Plandolit, antiguo síndico general de Andorra, propietario a ambos lados de la frontera ceretana,

²⁷ Su testimonio en *Apuntes históricos desde 1868. Por H. Cevallos*, 21 páginas. Manuscrito depositado en el fondo A. Pirala, BRAH, legajo 9/ 6.862.

²⁸ María de las Nieves de BRAGANZA Y DE BORBÓN, *Mis memorias sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874*, 2 vols., Madrid: Espasa Calpe, 1934-1938.

y que mantuvo un contacto privilegiado con el obispo carlista de la Seo de Urgel. Según informó el comisario de policía de la Guingueta d'Ix, "se ha distinguido siempre por la protección que ha dispensado a los carlistas". Propietarios como él usaban "de su mucha influencia en el país en pro de su partido, ayudándoles en los pueblos franceses circunvecinos los curas de los mismos. Algunos de éstos visitaban frecuentemente a los cabecillas carlistas durante el sitio de Puigcerdá y aun hace pocos días dijo el de Palau desde el púlpito a sus feligreses que debían abstenerse de hablar contra los carlistas supuesto que ellos eran los defensores de la Religión"²⁹. Por su lado el rector de la Guingueta d'Ix colaboró en la fuga de militares de la guarnición de Puigcerdá, como el del oficial artillero Josep Curto. Otros, como el sacerdote Joan Guitart, un matriculado que ejercía en la iglesia de Saint Jacques, distribuía la correspondencia real y recompensas honoríficas entre el resto de los refugiados.

La familia legitimista de mayor raigambre era la de Lazerme, uno de los más grandes propietarios del Rosellón y con largas vinculaciones carlistas. Un miembro de la familia, Joseph, fue diputado en 1827 en tiempos de Charles X. Enarbó el *drapeau blanc* y por ello fue ennoblecido y nombrado consejero general de los Pirineos Orientales entre 1815 y 1848. Más adelante, Charles de Lazerme fue consejero general del departamento entre 1848 y 1868. En 1844 y solo para Elna, contaba con 70 *fermiers*, al margen de otras tierras que explotaba directamente. De su clientela particular dependía el bravucón jardinero Canal (a) Perot le Capciné, envuelto a menudo en refriegas anti-republicanas, guiando a los granjeros *blancs* que Lazerme tenía en Elna, Vilallonga y Santa María, en animada pelea con los *rouges* del departamento. Charles Lazerme apoyó económicamente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a la institución de San Luís Gonzaga, y fundó periódicos e instituciones de enseñanza católica. En 1877 hizo un importante donativo para la creación de la Universidad Católica de Toulouse. En el juego de prioridades políticas locales, es sintomático que legitimistas como Lazerme tuvieran muy presente que "Tout, même un republicain, même un juif (sic), valait mieux qu'un orléaniste", en la medida que éste representaba el regicidio y la traición de Louis Philippe hacia Henri V, por siempre más recordado³⁰.

Años después, su nieto Carlos explicó, de forma diáfana, las prácticas de memoria existentes entre la comunidad legitimista: "Dans un gran nombre de familles, on faisait, le soir, la prière en común; mais on la faisait devant un buste de Louis

²⁹ El Cónsul español José María García, al Ministro de asuntos exteriores, en 9 de septiembre de 1874, AMAE, MADRID, legajo 2014. Lluís Ferran TOLEDANO, "Tradició i canvi polític a l'Andorra del segle XIX", en E. BELENGUER (dir.), *Història d'Andorra*, Barcelona: Edicions 62, 2005, pp. 239-285.

³⁰ Ver Carlos de LAZERME, *Carlistes et légitimistes (souvenirs)*, Perpiñán: Imp. Labau, 1937, pp. 104.

XVI et on lisait à haute voix, comme on aurait lu l'Évangile ou récité le Credo, quelques phrases du testament de ce roi-martyr. Ou bien on se transmettait comme des reliques des objets ayant appartenu aux Borbons, une parcelle d'étoffe d'une robe de Marie-Antoinette, une lettre de Madame Elisabeth, un peu de terre du tombeau de Charles X"³¹.

El complejo de solidaridades del departamento se formó también por medio de redes que no tenían porqué mantener una buena relación. De hecho perpetuaban las divisiones entre caudillos existentes en el teatro de operaciones, entre sus clientelas y hombres de confianza. Las fracturas que atravesaron el partido reprodujeron su espacio en el exilio. Así, en noviembre de 1873, las autoridades españolas advirtieron que un sector carlista representado por veteranos como el coronel Baró, quería conectarse con la Unión Católica de París para influir en el pretendiente y rebajar la notoriedad que habían adquirido ciertos elementos jóvenes del partido.

La divisoria más hiriente enfrentó a los infantes Alfonso y María de las Nieves con el nuevo caudillo Francesc Savalls. Éste contaba con una red de apoyos particular, representada por el propietario Saint-martory, calificado por las autoridades consulares de "muñidor carlista", activo agente e íntimo amigo, y por una legión de "ojalateros" (del ojala ganemos...), militares y civiles carlistas refugiados, "guerreros de café", críticos con la lentitud de las operaciones. Un personal fanfarrón que sufrió menos la privación del internamiento que los directamente implicados en la logística bélica. Las tensiones llegaron a tal punto que los infantes se tomaron muy en serio las amenazas de asesinato procedentes de los savallistas, si castigaban al jefe por su indisciplina. María de las Nieves y su marido llegaron a comparar su arriesgada entrada por la frontera con la fuga de Varennes, "sólo que menos trágico, puesto que nadie nos detuvo"³².

3. La emigración, motor de politización

El Rosellón fue un taller conspirativo de larga tradición y Perpiñán centro reunión de diversas juntas clandestinas, entre 1869 y 1871. En su seno se tomaron importantes decisiones sobre el futuro de la organización política y militar carlista catalana, y participaron destacados dirigentes "civiles" como Joaquín de Cors,

³¹ Carlos de LAZERME, *Carlistes et légitimistes (souvenirs)*, op.cit. A este respecto, es básico Jean-Clément MARTIN, *La Vendée de la Mémoire, 1800-1980*, Paris: Le Seuil, 1989, y su trabajo más reciente *Révolution et contre-révolution. Les rouages de l'histoire*, Rennes: PUR, 1996.

³² Nuevamente, María de las Nieves de BRAGANZA Y DE BORBÓN, *Mis memorias...op.cit.*, pp. 298.

Jacinto de Maciá y Fernando Miró³³. Formando parte de ese clima conspirativo, el itinerario personal de Martí de Riquer y de Comelles, marqués de Benavent, fue una nota destacada de la actividad previa al levantamiento de verano de 1869. En calidad de comisario regio de la provincia de Gerona, contactó en París con la familia real. En poco tiempo recogió dinero, organizó centros de recluta, compró armas y pagó a confidentes. Quiso ganar la adhesión de los oficiales de la guarnición del castillo de Figueras, proyecto que se saldó con un sonado fracaso. El centro de sus actividades fue Arles, en el Vallespir, junto a viejos caudillos como Rafael Tristany y Josep Estartús, mientras Benet de Plandolit se estableció en Perpiñán y Ceret. Riquer llevó el control nominal de los voluntarios encuadrados en partidas en Sant Llorenç de Cerdans, Arles, Oms, Palaldá, Ceret, Calmella, Corsaví y Reiners. Ocho grupos, con ciento sesenta y un voluntarios³⁴.

Al abrigo de la frontera, la recluta se nutrió de desertores y antiguos oficiales del ejército regular, subordinados a los jefes más señalados de la malla conspirativa. Esos espacios daban cuenta de la geografía carlista y de la relativa facilidad de sus movimientos. En el futuro, actuarían como trabajadores a temporada, en un territorio más parecido a un “santuario” —una zona de descanso y recuperación, a la espera de una nueva orden para pasar la raya—, que no un espacio de exilio entregado al castigo y al olvido. A pesar de los obstáculos, lo más habitual fue contar con un territorio “amigo”, que permitía la presencia de heridos y contusionados en el hospital civil de Prada o en el de Banys d’Arles, allegados tras el fragor de los combates de las comarcas cercanas.

Según los informes consulares, el número de carlistas existente en la ciudad de Perpiñán, en la primavera de 1874, era de cuatrocientos, sin contar los diseminados en localidades cercanas como Prada, la Guingueta d’Ix, Ceret, Prats de Molló y Banys d’Arles. Por las filiaciones de los miembros del comité de Perpiñán, sabemos que desarrollaban diversos trabajos para lo que era necesaria una cierta libertad de acción. Del coronel Baró se dijo que viajaba con frecuencia; a su vez, José Junio era definido como agente intermediario con el comité de San Juan de Luz, donde un hermano suyo, apodado “el Mallorquín”, se ocupaba de la compra de

³³ Cors era un notable hacendado que había presidido la junta católico monárquica de Gerona, y había sido senador en 1871; Maciá, secretario de la junta católico monárquica del distrito de Vic, fundó el diario carlista *La Patria*, de aquella ciudad; por último, Fernando Miró, barón de Ortafá, era un importante propietario de la zona de Reus, candidato a diputado por el distrito de Valls en 1871.

³⁴ Ver el excelente retrato ofrecido por Martí de RIQUER, *Quinze generacions d’una família catalana*, 2ª edición, Barcelona: Quaderns Crema, 1998, pp. 1168-1260. La conspiración y desarrollo de la insurrección de verano de 1869, ha sido analizada para el caso catalán y el conjunto español en mi libro Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ, *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1872)*, Lleida: Pagés editors, 2001, pp. 45-74.

ganado y de llevar partes, mientras el cabecilla Narcís Bosch dirigía la introducción de efectos desde España.

Unos agentes se encargaban de librar pasaportes, otros de enviar correo y de hacer la recluta, como el canónigo y escritor Mateo Bruguera. Algunos eran reinidentes y habían sido internados en otras ocasiones, como el sacerdote y agente del comité, Juan Guitart. Otros, como el canónigo de la catedral de Barcelona, Mariano Segarra, pagaban el hospital de Banys d'Arles. Por su lado, el abogado Jacinto Maciá remitía efectos de farmacia para las facciones³⁵. Con frecuencia fue denunciado Pedro Fornells y Bell-lloc, presbítero de Bañolas, uno de los jefes más conspicuos del carlismo en Francia. En 1871 y 1872, fue tesorero de los comités insurreccionales (el marqués de Benavent lo había sido, a su modo, en 1869). Repartía dinero a emigrados para viajes y manutención, o para realizar comisiones para el partido. Internado en Châteauroux en 1873, volvió poco después a Perpiñán para dirigir la propaganda carlista, recorriendo Ceret y Arles, para lo cual mantuvo estrechos contactos con otros sacerdotes conspiradores y jefes carlistas, como Joan Planas³⁶. En suma, un universo plural, que incluye agentes menores y de los cuales solo se registran pequeños indicios. Es el caso de un desconocido cafetero de Ceret; o el testimonio ofrecido por un mercader de vinos de los alrededores de Perpiñán, conocido por "Banet", que repartía prensa legitimista, o el rastro dejado por Villanotas, residente en Prats de Molló e hijo de español, persona de confianza que servía de guía a los oficiales carlistas para cruzar la frontera.

La mayoría de emigrados carlistas llevó, quizá, una vida menos arriesgada, pero no por ello exenta de tensiones, que a menudo acababan en forma de graves conflictos y riñas con los republicanos. Un tipo de violencia que constituyó uno de los vectores de politización más sobresalientes de las distintas culturas políticas. En aparente calma, el comisario francés en Prada informó al Prefecto, el mes de junio de 1873, de la intensificación de las reuniones del partido legitimista, dirigido por los abogados Tolrà y Gelcen, éste último antiguo alcalde de Prada. Los encuentros se daban de forma ostensible en la nueva sacristía de la iglesia de Saint Pierre, su local de juntas ordinario. Preparaban la fiesta religiosa que había de celebrarse en Font-Romeu, junto a otros individuos señalados como Casteil, Lavail, Pro, Posisier, el doctor Serradeil y el agente Fzeffier, acompañados de algunos carlistas españoles.

³⁵ "Personas de significación que residen en Perpiñán en la actualidad", AMAE, Madrid, consulado español en Perpiñán, H/2014.

³⁶ Carta del subprefecto en Ceret al Prefecto de los Pirineos Orientales, 2 de abril de 1873. Fondo de la prefectura del archivo departamental de los Pirineos Orientales (ADPO), Perpiñán, legajo 4 Mp 299.

En Perpiñán, la colonia catalana celebraba misa diaria en la capilla del Cristo devoto, en la catedral, un espacio para la práctica de la fe, la socialización de la desdicha y abierto al comentario de novedades. Ese grupo consiguió organizar en 1873 una concurrida misa en la catedral para homenajear al patrón de España, Santiago, en la que todos consideraron un deber asistir. La misa contó con la presencia del rector de la iglesia de San Jaime de Barcelona; el organista ejecutó la marcha real, mientras las mujeres acompañaban a coro un sacerdote emigrado apellidado Badosa, que hizo el sermón en alusión directa a la política española. Otro carlista reconocido, Juan Martí y Cantó, se dirigió a los congregados en catalán refiriéndose a los infortunados refugiados que buscaban un bálsamo en las ceremonias religiosas. El capellán que había hecho el panegírico de Santiago, proclamó que no se hallaban en tierra extranjera, puesto que “Les catholiques ont l’univers pour patrie”³⁷. Los corresponsales de *Le Roussillon*, quedaron admirados por la escena. “Nous devons convenir que l’Espagne a plus que nous l’habitude de la prière. Dieu, dans cette nation malheureuse, n’a pas été encore chassé de la famille, et l’éducation est demeurée généralement chrétienne. C’est un magnifique exemple donné aux catholiques même fervents de notre ville”³⁸. Una vez más, la España católica era un espejo de una nación católica persistente.

En ese clima expectante, la relación de conflictos locales con los republicanos se hizo inacabable. En verano de 1872 estallaron incidentes en Socède, cuando al pasar la procesión parte del público entonó la Marsellesa como rechazo a la flor de lis que llevaban algunos pavordes. Enfrentamientos en Rivesaltes, en Salses o en Elna, en este caso también con canciones de por medio. En la capital, Perpiñán, tuvo lugar otro suceso cuando un grupo de niños, al pasar sobre el mercado nuevo cantaron la Marsellesa, y cada estrofa era seguida de las siguientes palabras: “Mort aux carlistes et aux prêtres”. Poco después, otro grupo de jóvenes de quince años, se burlaron de los rosarios expuestos en el escaparate del almacén de *monsieur* Ayméric, profiriendo palabras ultrajantes contra Notre-Dame de Lourdes e improprios contra un grabado que representaba al conde de Chambord³⁹. Una situación que contrastaba con otra imagen, que a continuación describía el periódico, de unos voluntarios carlistas que, con el fusil montado y la bayoneta calada, escoltaban sumisos la procesión del santo rosario al salir de la iglesia del pueblo de la Torre de l’Espanyol, en la provincia de Tarragona.

Un buen ejemplo de esa movilización católica se dio en Mont-Louis, cerca de Prades, conducida por la sociedad de San Vicente de Paul. En una oración pedían

³⁷ Nuevamente, *Le Roussillon*, núm. 173, Perpiñán, 26 de julio de 1873.

³⁸ *Le Roussillon*, núm. 174, Perpiñán, 27 de julio de 1873.

³⁹ Nota aparecida en *Le Drapeau Français*, núm. 121, Perpiñán, 13 de octubre de 1872.

que el Corazón de Jesús y la Virgen de Font-Romeu salvaran Francia y España, mientras ondeaban banderas del sagrado corazón. Según la prensa partidaria, un gran número de nobles y desgraciados exiliados presenciaban la escena llenos de lágrimas⁴⁰. Los conflictos no paraban. En Rivesaltes los legitimistas protestaron por un bautismo civil que se desarrollaba en la localidad, mientras que en Colliure, en agosto de 1873, los mismos sectores padecían las canciones pecaminosas entonadas por cantantes ambulantes en la plaza pública y ante el café Pi; canciones como la del “Roi s’amuse” y un poema titulado “Les libres penseurs” —donde se honoraba la memoria de Robespierre—, y gritos al alcalde de “à bas la prétraille, à bas les carlistes”⁴¹.

En Arles la excusa fue la jornada de carnaval. Los legitimistas iban vestidos con flores blancas y verdes, y *dignements* representando Henri V y Luis XIV. Ante su presencia los irritados republicanos entonaron la Marsellesa mientras la música de la orquesta era interrumpida por las consignas legitimistas: “A bas la Republique, descendez dans tas de laches, venez”. A esos gritos sucedió un intercambio de piedras y de botellas lanzadas desde un café. Así las cosas, la politización católica ultramontana fue un componente indisoluble de la toma de postura de legitimistas y carlistas, pero también de sus contrincantes en el departamento, republicanos y monárquicos moderados.

En un arresto de carlistas perpetrado por la guarnición de Puigcerdá, advirtieron que dos de ellos eran franceses. Uno desertor, y otro, Jean Daniel, de l’Ardeche, que dijo “qu’il était venu en Espagne pour rétablir l’ordre”⁴². La guerra carlista había contribuido a crear un escenario europeo compuesto de múltiples “espejos”. Para los extranjeros España o Cataluña se convirtieron en la tierra prometida donde luchar por la catolicidad de Europa. El sur de Europa era un espacio provisto de múltiples interpretaciones, de imágenes contrapuestas, lugares donde los liberales, republicanos y demócratas sufrían la desdicha del despotismo, o escenarios donde los tradicionalistas, católicos y legitimistas reanudaban la larga cadena de martirios. Durante el trienio liberal, España y Barcelona fueron la tierra de la libertad para los exiliados piemonteses y napolitanos. A su vez, la independencia de los helenos estimuló el romanticismo liberal, pero también a los reaccionarios deseosos de apoyar a la cristiandad frente al imperio turco. Algo parecido sucedía en

⁴⁰ *Le Roussillon*, Perpiñán, núm. 156, 6 de julio de 1872. Artículo titulado “Le pèlerinage de Font-Romeu”, firmado por H. Torlà.

⁴¹ *Le Roussillon*, núm. 181, Perpiñán, dos de agosto de 1873.

⁴² Carta del General de la división militar, des de Perpiñán, al Ministro de la guerra, en 16 de abril de 1873. AMAE de París, colección Mémoires et Documents. Supplément II. Enero-Julio de 1873.

la península italiana, un escenario donde se realizaba el liberalismo para progresistas como Víctor Balaguer, pero también donde se defendía el *limes* de la tradición para caudillos como Josep Borges y Rafael Tristany.

Un testimonio de esa dimensión internacional fue la difusión de magazines ilustrados, que enviaron sus *special artist* al frente vasco-navarro y a las montañas catalanas. Reportajes de la guerra carlista aparecieron en *L'Illustration* y *Le Monde Illustré*, pero también en *The Graphic*, *l'Illustrated London News*, el *Harper's Weekly*, *l'Illustrazione Universale*, y en la prensa alemana y rusa. Unos relatos cercanos al éxito que había tenido el género en la guerra de Crimen, la guerra de secesión norteamericana y la más reciente unificación italiana. Preocupados por el auge del ultramontanismo, la prensa burguesa y liberal internacional proporcionó la imagen de un conflicto trasnochado, protagonizado por eclesiásticos trabucaires y campesinos fanáticos. El *Harper's* sugería que el carlismo era un ideario singular e irracional, parecido al de los escoceses del príncipe Carlos. El último latido de una guerra de religión en Europa. En los dibujos se representaba a Pío IX lanzando sus rayos contra la escuela pública y el estado liberal, proclamando que primero eran católicos y después ciudadanos⁴³.

La guerra desencadenó también una batalla de propaganda en la que se identificaba la causa carlista con el catolicismo y el orden. Buen número de folletos se dedicaron a reforzar esa equivalencia y a soslayar los derechos dinásticos. Se exageraban los atributos católicos de los voluntarios, su devoción en misa y en el rezo del rosario, el apoyo de la aristocracia católica europea, y detalles como aquel que daba a conocer el sagrado corazón que don Carlos llevaba bordado en su uniforme. En esos escritos se explicaba el exquisito y cristiano trato de los infantes en Cataluña, o las respuestas de don Carlos en su entrevista al *New York Herald*⁴⁴.

La prensa legitimista francesa recibió numerosas correspondencias enviadas desde el cuartel general carlista catalán, publicitadas en *L'Univers*, en *Le citoyen* de Marsella, o en *La Voix de la Patrie* de Bayona. En una de ellas, firmada por un

⁴³ A este respecto, muy útil el trabajo de Maria Dolores BASTIDA DE LA CALLE, *La Ilustración bélica de actualidad. La imagen de España en guerra, de 1846 a 1876 (El último conflicto carlista)*, Departamento de Historia del Arte, UNED, Madrid, 1991.

⁴⁴ De J. LIBMAN, *Question Espagnole. Une visite au Pays carliste*, Paris: Fechoz, 1875; los dos volúmenes de *Les soldats du Sacré-Coeur de Jésus et de Marie Immaculée*, Paris: E. Plon et Cie., 1876. De M.F. d'EZERVILLE, *Question Espagnole. Dieu le veut; ou mission providentielle et sentiments religieux du Roi Charles VII et son armée*, Paris: Tip. Pillet, 1876. Uno de los propagandistas más prolíficos fue J. de CÉDRON, *Aux puissances européennes*, Paris: Imp. V. Renoue, Maulde et Cock, 1874, o *Carlistes et libéraux*, Paris: Grand, 1875. A esos autores deberíamos añadir los textos de José de Campos, Joseph Noulens, Louis Teste, Francis Magnard o el conde de Chardonnet. Un análisis a una parte de esa producción, a lo largo de las guerras carlistas en Vicente GARMENDIA, "Una particular visión del carlismo. Escritos carlistas y pro carlistas en territorio francés", en D.D.A.A. *A mis amigos de la frontera, El País Vasco francés en la aventura carlista, 1833-1876*, San Sebastián: Diputación Foral de Guipúzcoa, 2006, pp. 98-143.

suboficial de zuavos francés, Hugo Murlaz, se narra la campaña de Don Alfonso y Doña María de las Nieves; se lamentaba de la falta de cirujanos y pedía de Francia instrumental quirúrgico. Pero ese déficit se compensaba con la presencia de distinguidos legitimistas franceses combatiendo en sus filas, como el vizconde de Coëtlegon, que ya había luchado en Italia con los zuavos. Alfonso quería formar un cuerpo católico y no un cuerpo militar nacional español, aunque el corresponsal avisaba que decir español era una abstracción, porque “se era” aragonés, castellano o catalán. El artículo era un llamamiento a servir en el nuevo cuerpo de zuavos, que mediante Carlos VII restauraría al Santo Padre⁴⁵.

Un elemento decisivo de la guerra de cruzada fue la constitución del batallón de zuavos, que desplegó sus actividades en calidad de escolta y cuerpo de los infantes después de su entrada en Cataluña, a inicios de 1873. Se trataba de un cuerpo legendario entre la opinión católica y carlista, a causa de su intervención en la defensa del pontífice entre 1860 y 1871. En su seno habían participado carlistas como Savalls y el hermano del pretendiente, Alfonso, formando parte del segundo batallón de zuavos en Roma. No es casualidad la expectación creada por la revista *El Zuavo del Papa* y *El Almanaque de los amigos de Pío IX*, publicados por entonces en Barcelona.

El batallón de zuavos actuó en la montaña catalana entre 1873 y octubre de 1874. Formado por jóvenes de la aristocracia legitimista y ultra-católicos europeos, llevaban un uniforme casi idéntico al de los zuavos franceses, con boinas rojas en substitución del fez. Una tercera parte de ellos eran extranjeros, otra tercera parte catalanes y el resto castellanos y aragoneses. Citaremos, a título de inventario, el barón de Fortsner; el vizconde francés Edgard de Barral; el marqués de Gualangé, de origen bretón; los hermanos polacos Trimowski; Eduard Kirpatrick de Closeburn; el sobrino de Louis de Bonald —reclamado confidencialmente a los pocos meses por el mismo Adolphe Thiers⁴⁶—; monsieur de Violet —comandante de la legión de Antibes en Roma—; Pío de Lazarini, antiguo sargento zuavo en Roma; el duque de Sabran, noble legitimista de la Provenza y compañero que fue de don Alfonso en Roma; el conde napolitano Teodoro Marulli; el joven aristócrata portugués Carlos Essa de Gama Lobo; el vizconde de Coëtlegon, también de origen bretón, emparentado con el duque de Rohan e hijo del antiguo prefecto de los Pirineos Orientales

⁴⁵ *Le Roussillon*, núm. 227, Perpiñán, 27 de septiembre de 1873. La carta, procedente del cuartel general del ejército de Cataluña en Prats de Lluçanés, estaba fechada el 14 de septiembre.

⁴⁶ La familia Bonald, alarmada, se puso en contacto con su gobierno para la repatriación del joven, preso en el castillo de Montjuic después de sus excursiones con Estartús y Savalls. La carta de Thiers es un despacho telegráfico dirigido al cónsul francés en Barcelona, dada a través de un capitán de corbeta acorazado arribado al puerto de Barcelona. Carta de Thiers al cónsul, de 5 de abril de 1873. AMAE, Nantes, Consulado de Barcelona, Serie A, legajo 24, “Correspondance avec la direction politique (1868-1874), Correspondance générale (1875)”.

en tiempos del Imperio, o los hermanos holandeses Ignacio y Augusto Whils, éste último muerto en una barricada de Igualada, cuando era el jefe del batallón⁴⁷.

4. La política fronteriza de las autoridades francesas y españolas

Se ha interpretado el carlismo dentro de los “viejos exilios del XIX”, protagonizado por emigrados y refugiados políticos, en contraste con un “nuevo exilio económico”, más propio de fines de siglo, caracterizado por las perentorias necesidades sociales. Esta visión deja de lado el papel económico y políticamente activo de la frontera. Un espacio de oportunidades para carlistas y liberales, pero también para las masas de jóvenes, prófugos y desertores, que huían del sistema de quintas y que buscaban trabajo entre los propietarios del mediodía, que se beneficiaban de una mano de obra barata.

Un informe fechado en 17 mayo 1872, del comisario especial de Bourg-Madame, puede ser ilustrativo de esta realidad. Del documento se desprende la existencia de tres tipos distintos de refugiados. El primero, compuesto por propietarios que viven en la parte catalana, que venían los meses de mayo o junio para disfrutar de sus tierras y del clima de la Cerdaña, y que volvían en septiembre. Éstos no necesitaban certificado de matriculación. Los segundos, correspondían al grupo de granjeros arrendatarios. Algunos de ellos hacía más de veinte años que trabajaban en Francia pero tenían el problema que sus hijos no podían ser naturalizados. Los terceros eran trabajadores, el grupo más numeroso, concentrado en las labores estacionales de la cosecha durante dos o tres meses. Un grupo “legalizado”, puesto que los alcaldes eran los primeros interesados en permitir su entrada y que llevasen la documentación (la cédula) en regla, y emplearlos ellos mismos en sus propiedades. Entre los españoles y franceses de ambos lados existían, además, estrechos lazos de parentesco (en la zona de Sallagosa calculaba que las tres quintas partes estaban emparentados), y compartían la cultura e identidad catalanas. No era fácil aplicar medidas rigurosas contra ellos, porque comportaba graves inconvenientes políticos y se perturbaban los contactos entre familias. Esa era una de las razones por la cual el cónsul español tenía dificultades en obtener listas de los alcaldes para elaborar un registro de españoles matriculados⁴⁸.

⁴⁷ En particular, Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ, *Carlins i catalanisme. La defensa dels furs catalans i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875*, Manresa: Farell editors, 2002, en concreto, el capítulo 5, “La darrera guerra de religió europea”, pp. 79-101. Jean GUÉNEL, *La dernière guerre du Pape. Les zouaves pontificaux au secours du Saint-Siège, 1860-1870*, Rennes: PUR, 1998. algunos datos de la relación de Alfonso con los zuavos en Comte Edard de BARRAL, *Les zouaves pontificaux, 1860-1870*, Paris: Librairie du Daphin, 1932. A ese respecto, Alfonso de BORBÓN y DE AUSTRIA ESTE, *Mis memorias sobre la invasión y toma de Roma por las tropas italianas, el 20 de septiembre de 1870, especialmente lo que tocó a mi compañía, la 2ª del 2º batallón de Zuavos de Pío IX*, Madrid: Talleres Gráficos Herrera, 1934.

⁴⁸ Un estudio ya clásico es el de Peter SHALINS, *Fronteres i identitats: la formació d'Espanya i França a la Cerdanya. S. XVII-XIX*, Vic: Eumo, 1993. Una respuesta a algunas de sus tesis en Michel BRUNET, “Frontera cerdana e identidades nacionales en el siglo XIX”, en *Manuscrits*, 26, 2008, pp. 121-131.

Existían límites en el ejercicio de medidas de control, como corrobora el subprefecto de Ceret. La Muga, nos dice, se había convertido en ambulancia general de los insurrectos y depósito de recluta. Los contactos entre legitimistas y carlistas “nous le connaissons depuis long temps, mais ne pouvons les empêcher”⁴⁹. El mismo prefecto se quejó al ministro del interior francés que la vigilancia de la frontera se hacía muy difícil por razones políticas y económicas: “dans un pays où bon nombre d’habitants, les plus aisés et dans les positions les plus élevés prèsent les mains au mouvement carliste”⁵⁰. Es posible que la adaptación de esas poblaciones tuviera que ver con las estrategias de solidaridad familiar y de supervivencia económica ante los traumas de la ocupación militar, en la que guerra y la conspiración eran el pan de cada día, y no sólo con las identidades políticas individuales⁵¹. Un ejemplo de esa adaptación pragmática fue *monsieur* Cot, agente del conspirador carlista Alexis de Souvras, de oficio tendero en Bourg-madame, “liberal, mais non pas ennemi de la contrebande carliste qui leur abatí procuré de meaux beneficies”⁵².

La beligerancia o no de la frontera era fundamental. La incógnita existente en torno al futuro dinástico de la corona española, abrió expectativas que permitieron al carlismo y al legitimismo internacional explotar los miedos sobre el posible predominio prusiano Hohenzollern. En ese contexto, don Carlos y sus consejeros mediaron para conseguir la neutralidad del emperador francés, obtener un suculento crédito de quince millones de francos y, sobre todo, libertad de movimientos en la frontera para preparar una intervención armada, como así sucedió en verano de 1869, pero sin dinero⁵³.

En marzo de 1869 las autoridades francesas se hicieron eco del creciente número de españoles llegados a Perpiñán, y que se mostraban impudicamente en cafés y paseos, aunque a pesar de la vigilancia a la que eran sometidos no cometían

⁴⁹ Carta del subprefecto de Ceret al prefecto en Perpiñán, de 19 de junio de 1872. Fondo de la prefectura del ADPO, Perpiñán, Mnc 1882/1883.

⁵⁰ Correspondencia del Prefecto al Ministro del interior, Perpiñán, 14 de junio de 1872. ADPO, Perpiñán, Mnc 1882/1883.

⁵¹ Interesante el concepto de resiliencia por parte de Oscar JANÉ, “Psico(socio)logía e identidad de la frontera en la época moderna”, en *Manuscrits*, 26, 2008, pp. 93-120.

⁵² Carta de un agente al Ministro del interior francés, de 11 de octubre de 1874, Archivos Nacionales, París, F7/12576.

⁵³ Según el conde de Rodezno, ésta fue la posición del pretendiente en su entrevista con el emperador francés: “Si Francia es neutral, y cierra los ojos en la frontera, de mi cuenta corre librar a España y a Francia de la presencia de un prusiano en el trono de mis mayores”. Conde de RODEZNO, *Carlos VII. Duque de Madrid*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1948, pp. 69. El desenlace de las negociaciones con el emperador en *Don Carlos, par le Vte. De... ancien élève de l’École polytechnique*, Paris: Charles Douniol et Cie., 1874, pp. 4. Algunos aspectos de la infancia y, sobre todo, de la experiencia política y familiar en la que vivió Carlos entre 1868 y 1871 en *Memorias y Diario de Carlos VII*. Prólogo, notas, biografías y apéndice de Bruno RAMOS MARTÍNEZ, Pamplona/ Madrid: Aramburu, 1957.

ninguna maniobra hostil para ser internados⁵⁴. Esa situación condujo a las autoridades españolas a aplicar con todo rigor el convenio existente entre ambos países, datado en 1862, por el cual ningún español podía residir sin estar matriculado por los agentes consulares. La presión diplomática dio sus frutos y, el 25 de mayo de 1872, el prefecto prohibió a los españoles viajar sin título regular y residir sin autorización. La evolución de la política interior francesa también fue determinante en el papel jugado por la frontera. En mayo de 1871, el prefecto escribió al Ministro del Interior señalando que las esperanzas del partido legitimista en el Midi se estaban renovando, y que se hacía necesaria una vigilancia suplementaria contra los extranjeros a fin de evitar una “entente” entre ambos que pudiera inquietar al gobierno francés⁵⁵. Eso llevó a una práctica constante de internamientos desde fechas muy tempranas.

El prefecto y el comandante de la 11ª División Militar acordaron establecer un cordón sanitario en la frontera, poco después que se lanzaran al campo las primeras partidas, en abril de 1872. Diversos cuerpos de ejército se situaron escalonadamente a lo largo de las poblaciones de Banyuls-sur-Mer, Le Perthus, Riunoguers, Saint Laurent de Cerdans, La Manera, La Preste, La Roque d'Albere, Ceret, Bourg-Madame, La Tour de Carol, La Cabanasse y Mantet. El ejército, los primeros meses, dio cuenta de una gran cantidad de efectos apresados, pistolas, sables, uniformes, dinamita y capotes⁵⁶. La vigilancia de la policía española fue en todo momento muy esmerada. A través de los confidentes se conocían los detalles más íntimos de los refugiados. En diciembre de 1872 se informaba que la mujer de Joan Castells hacía seis meses que no recibía ninguna carta del marido. Hacían de ella una descripción reveladora de su relativo aislamiento: era ginebrina, hablaba poco castellano y “casi nada el catalán”. En el edificio de su casa vivían dos policías secretas y estaba permanentemente controlada.

Los acontecimientos de la Primera república sirvieron también para politizar los clubes republicanos de este lado de la frontera y por compensación, a los legitimistas, para exigir a su gobierno la más estricta neutralidad. A mediados de 1873 parece que las autoridades francesas fueron más permisivas, de manera clara los jefes de la división militar de la frontera, tildados de poco liberales y altamente

⁵⁴ Carta del Ministro del interior al Ministro de asuntos exteriores francés, AMAE, Paris, Mémoires et Documents, Espagne, 1869-1872; Événements carlistes. Supplément I, del 27 de marzo de 1869.

⁵⁵ Carta del Prefecto de los Pirineos Orientales, al Ministro del interior francés, de 21 de mayo de 1871, en AMAE, Paris, Mémoires et Documents. Espagne 1869-1872. Événements carlistes. Supplément I.

⁵⁶ “État de saisies et arrestations faites par les employés de la Direction de Douanes de Perpignan”, 4 de septiembre de 1874, Perpiñán, carta del jefe de la gendarmería al Prefecto. Fondo de la prefectura, ADPO, Perpiñán, 4 MP 299. La relación comprendía las aprehensiones hechas desde 1872 hasta el verano de 1874. Se añadía una lista de 81 arrestados por esos motivos.

clericales por el cónsul español Manuel de Montserrat. A ojos de la población y del ejército, el general Barry pasaba por ser un legitimista y un carlista de los más fervientes⁵⁷. Un testimonio de la entrada de un carlista por la frontera nos servirá de muestra para atender a esa nueva sensibilidad y la dulcificación de los internamientos. Joaquín de Bolós, un joven de buena familia de Olot, entró herido en mayo de 1873 por la frontera de Prats de Molló: “A nuestra llegada hubo gran expectación, pensando si los gendarmes que nos acompañaban llevaban un gran criminal. Vinieron las autoridades y a todos hube de contestar el mismo interrogatorio y dije que me ponía bajo la protección de la bandera francesa y pedí un médico para ser curado”⁵⁸.

Un completo informe del comisario especial en Bourg-Madame, datado en 28 de agosto de 1873, nos ilumina un poco más sobre ese cambio de panorama. Ahora, la tendencia general de la población era la de la neutralidad y la abstención completa en los asuntos europeos. Según el funcionario, la hospitalidad que recibían los emigrados indicaba cierta simpatía por la causa; eso explicaba que en la región hubiera gran cantidad de carlistas, aunque ocasionase, como hemos visto, conflictos y divisiones. Frente a esa política francesa un tanto ambigua, el gobierno español encargó, en agosto de 1874, a *monsieur* Lamartinière, antiguo inspector general de seguridad pública y condecorado con la Legión de Honor por dicho gobierno, hacer un informe exhaustivo para conocer que había de cierto o no en la permeabilidad carlista de la frontera, y la organización de un sistema efectivo de vigilancia. La misión no contó con el apoyo de la prefectura porque creía que lesionaba su autoridad.

A finales de 1874 las autoridades departamentales hicieron balance y demostraron que, cuando menos, la gendarmería fue activa en la detención de carlistas. Desde el comienzo de la guerra hasta esa fecha, el número de españoles emigrados y arrestados fue de cuatrocientos veinte, una parte de ellos internados y otra puesta en libertad, correspondiendo ciento noventa y ocho de ellos al distrito de Ceret, ciento treinta y seis al de Perpiñán y ochenta y seis al de Prades. Una cifra que contrastaba con la realizada en el departamento de los Bajos Pirineos, de 1871 a noviembre de 1874, con seiscientos dieciséis internados; la mayoría por Bayona, cuatrocientos cuarenta y seis, pero también por Monleon, ciento treinta y cuatro.

⁵⁷ Carta de Manuel de Montserrat al Ministro, de 30 de mayo de 1873. AMAE, Madrid, legajo H/2014. A este respecto, ver el artículo del Conde de REMACLE, “Les carlistes, souvenirs de la frontière”, en *La revue des Deux Mondes*, París: noviembre de 1899, pp. 169-201.

⁵⁸ Joaquín de BOLÓS y SADERRA, *El carlismo en Cataluña. Conspiraciones en los años 1869-1870-1871. Memorias inéditas de un general*, Barcelona: Rafael Casulleras, pp. 88. El autor recordaba hacer conocido el prefecto Mr. Charles, “distinguido caballero y atento con las familias españolas”.

En cualquier caso, la mayor parte de los internados por orden del prefecto o del cónsul de Perpiñán fueron a los depósitos de Perigueux y Limoges, y en menor medida, a Tulle, Chateauroux, Lille, Bourges y Calais.

El inicio de la guerra provocó el comienzo de una emigración liberal de unas cien familias procedentes de localidades fronterizas como Olot y Camprodón, que se trasladaron a Prats de Molló. Las diligencias se mostraron insuficientes para conducir tantos viajeros que llegaban por Figueras y Le Perthus. Lo que comenzó como una primera emigración de refugiados, creció en 1873 con otra pequeña colonia de familias acomodadas procedentes de Barcelona compuesta de banqueros, fabricantes y abogados, que temían la evolución de los acontecimientos. Es el caso de las familias como el banquero Manuel Girona, industriales como los Muntadas y los Nadal, el conde de Solterra, de Castellvell, o incluso la del periodista Mañé y Flaquer. Se aprovechaban de la benignidad del clima veraniego en alguna estación termal.

Un exilio que constituyó una prueba para los conservadores franceses del triunfo de la anarquía en España. Un anticipo de la posterior reacción triunfante, la unión de las “clases conservadoras”, que encontraron aquí un primer espacio de convivencia. En septiembre de 1874 se añadió otra emigración de familias liberales a bordo del barco “Mallorca”: el vizconde Avelino de las Casas, el conde de Portalá, Mariano de Casi y López, José López de Ayala, Ramón de Dalmases, el conde de Fontcuberta, el conde de Foxá, y el antiguo ministro Juan Tutau y Vergés, junto a *mister* Pratt, cónsul general de Inglaterra. Casi todos se alojaron en Perpiñán, Toulouse y Vichy.

A mediados de 1874, esa emigración se solapó con otra nueva, familias de posición exponentes del elemento político y “civil” del carlismo, refugiados por miedo a la persecución republicana. Dos vapores procedentes de Barcelona desembarcaron el 17 de julio en Port-vendres. En Ceret, residieron los Ventós de Badalona, los Casamor de Navata, los Miró (barón de Ortafá), los Saleta de San Hilario, y los Manresa de Gerona. En Prades se afincó otra pequeña colonia de distinguidos carlistas con sus familias: Rafael de Llanzá, José de Palau y de Huguet, José Antonio de Ros y Antonio de Cabañes⁵⁹. Las pequeñas colonias se formaban entorno de familias, donde las mujeres protagonizaban un papel principal en la conspiración y el apoyo a los heridos. Experiencias que creaban una verdadera comunidad de exilio y emigración, atravesada por el mismo espíritu de facción existente en el campo de batalla.

⁵⁹ Carta dirigida por la colonia carlista en Prades, a la esposa de don Carlos, Margarita, en 3 de Marzo de 1874, esperando la caída de Bilbao. Fondo A. Pirala BRAH, legajo 9/ 6.869.

La frontera continuaba registrando aluviones de emigrados que no debemos confundir con los carlistas, y que responde al prototipo de refugiado de extracción social popular. El alcalde de Bourg-Madame se refería al Prefecto diciendo que algunos paisanos de la provincia de Lérida, la primavera de 1874, se veían obligados a marchar de su tierra, pobres y agotados de pagar a carlistas y al gobierno, y explicaba que él los dejaba pasar, con o sin papeles. Otro tanto les sucedió a las poblaciones fronterizas atacadas por los carlistas, Tortellá, Olot, Ripoll, o Puigcerdá. La ruta del Perthus hasta Casillas se convirtió en un vasto campamento en el que se instalaron los refugiados de la Junquera con sus muebles, sus efectos personales y animales de trabajo. Estimable fue el impacto de los diversos sitios a los que estuvo sometida Puigcerdá. Era un espectáculo dantesco ver las idas y venidas de mujeres y niños hacia Bourg-Madame: “on transporta d’abord des paquets, des ballots, des malles á des d’hommes ou de mulets; puis vinnet des voitures, les charrettes chargés de tant le matériel des maisons, meubles, literie, batteries de cuisine, etc. Tout gémissant et mandissan les partisans de Don Carlos”⁶⁰.

Los últimos meses de la guerra señalaron un notable cambio en la aventura amarga de la emigración y de la imagen del sur de Francia como santuario político. Desde fines de 1874 se había modificado la política de las autoridades francesas con los refugiados, a lo que se añadieron las posteriores presiones diplomáticas canovistas. En un folleto publicado en Perpiñán, se presentaban los méritos del nuevo monarca Alfonso XII y las excelentes relaciones con el gobierno francés. Se defendía la compatibilidad de las instituciones liberales con el mantenimiento del orden público, la unidad interna de España y la superación de los fueros vascos. El nuevo régimen español salía consolidado tras el acuerdo con el Vaticano, definido de “interés público”, puesto que el espíritu religioso y el espíritu conservador no eran más que uno en la lucha contra la revolución. Con ese discurso, de hecho, se integraba buena parte de las prioridades ideológicas del legitimismo francés y se consumía, por inútil y anacrónica, la alternativa carlista representada por los emigrados⁶¹.

Una carta de varios presos carlistas destinada al Prefecto, el 12 de octubre de 1875, expresa la nueva sensibilidad. Semanas antes se habían visto obligados a entrar en Francia individualmente, sin armas ni uniformes, “con intenciones unos de pasar al extranjero y de dedicarse otros a su trabajo e industria. Haciéndose útiles a si mismos y a la sociedad en general, confiando en la no desmentida y tradicional hospitalidad, generosidad y nobleza de la Francia (...)”. Por el contrario, lo vivido

⁶⁰ Carta del comisario especial de Bourg-Madame al subprefecto, en 15 de julio de 1874. Fondo prefectura ADPO, Perpiñán, legajo 4 MP 300.

⁶¹ Nos referimos al folleto *Espagne*, escrito por EGENIO, Perpiñán: Imp. De Charles Latrobe, 1876.

hasta entonces les había llevado a mudar su imagen de los franceses, “pues hace cuatro días permanecemos en ésta cárcel tratados como criminales con la mayor vigilancia y estrechez, durmiendo en los calabozos sin mueble alguno ni aún los más necesarios (...)”⁶².

5. Se acabó el sueño. La experiencia de los internamientos y del retorno

Con la derrota, la frontera continuó siendo un espacio conspirativo, un hervidero de nuevos alzamientos contra la supresión de los fueros, preparativos insurreccionales republicanos y alianzas contra natura⁶³. La tradicional animosidad bélica de los carlistas catalanes quedaba en papel mojado si no llegaban los recursos suficientes para sostener los primeros meses una nueva guerra de partidas. Los agentes definían con nitidez la situación vivida en los depósitos de internamiento a finales de 1875. Por mucho que quisieran animar a los suyos, “cuando la tripa está floja, como les sucede a la mayor parte, todo razonamiento fracasa”⁶⁴. La irregularidad de la paga empujaba a no pocos a la desertión. Eso le pasó a Esteban Soler, de 17 años, que se presentó en Bourg-Madame y relató su situación al comisario de policía. Era un trabajador pastelero nativo de Gisclareny, que declaraba no querer tomar las armas por ningún partido y simplemente pedía ser acogido en Francia para trabajar⁶⁵.

El fenómeno de los refugiados tras la última guerra no revistió el carácter masivo de la primera carlistada, cifrado en 26.000 personas. La entrada de refugiados se escalonó entre 1875 y 1876, dependiendo si lo hicieron por los Pirineos Orientales o por los Bajos Pirineos. Las medidas de gracia y de indulto, tomadas esos meses, desactivaron el carácter generalizado de la entrada de refugiados por la frontera vasca. Tras la entrada de don Carlos el 28 de febrero de 1876, las autoridades francesas dieron la cifra de 15.500 efectivos, aunque el dato no incorporaba los procedentes de Cataluña, Valencia y Aragón, internados a lo largo de 1875⁶⁶.

⁶² Carta firmada por el coronel de ingenieros Antonio Barceló, representando a un colectivo de presos mayor, en 12 de octubre de 1875, dirigida al Prefecto. Fondo prefectura ADPO, Perpiñán, legajo 4 MP 340. Parecida situación había sufrido Manuel Reballedo y Domínguez, que en carta a *Le Roussillon*, el 5 de junio de 1873, se quejaba que una tierra supuestamente acogedora, ahora le había maltratado. La policía le había arrestado y obligado a internarse.

⁶³ M^a Teresa MARTÍNEZ DE SAS, “La guerrilla en la Catalunya de la Restauración. La oposición popular carlista y federal (1875-1877)”, en J.M^a. SANS Y TRAVÉ, F. BALADA I BOSCH (coords.), *Miscel·lània en Honor del Doctor Casimir Martí*, Barcelona: F. Salvador Vives i Casajuana, pp. 285-299.

⁶⁴ Carta de Alejandro Argüelles a León Galindo y Vera. Santa Águeda, 12 de Diciembre de 1875. Fondo A. Piralá, BRAH, legajo 9/ 6.898.

⁶⁵ Despacho telegráfico entre el comisario de policía de Bourg-Madame y el sub-prefecto de Prades, en 8 de noviembre de 1873. Fondo prefectura ADPO, Perpiñán, legajo 4 MP 300.

⁶⁶ Datos del General Comandante del 18 Cuerpo de la división de la frontera al Ministro de la Guerra. Burdeos, 3 de marzo de 1876, y que concuerdan con las cifras ofrecidas por el subprefecto de Bayona, desbordado por las

La guerra civil en el este peninsular acabó con la desarticulación del ejército del centro mandado por Antonio Dorregaray y la descomposición del sistema de partidas catalanas. Se tiene constancia de la entrada de los restos de la división valenciana por la frontera, un millar de hombres, en septiembre de 1875. Mientras, el ejército carlista de Cataluña se acogió en masa al indulto ofrecido por las autoridades militares, unos 5.300, entre el mes de agosto y noviembre de 1875, sin contar los presentados meses antes, los desertores y los huidos a Francia. En octubre de ese año sólo permanecían 1.800 carlistas en armas en todo el Principado. No existe una cifra exacta de la entrada de esos grupos en la frontera, pero no debieron superar los tres millares⁶⁷. Todavía en noviembre de 1875, el cónsul español se quejaba que los jefes más notables pasaban por pueblos aislados, sin gendarmería, y con la indiferencia o tolerancia de los alcaldes⁶⁸.

Corroboran estos datos una relación de gastos ocasionados por refugiados españoles, donde se manifiesta que a mediados de 1875 el incremento de su coste fue considerable, prácticamente duplicado entre junio y julio, como consecuencia del desmoronamiento de los contingentes carlistas de Cataluña y del Centro⁶⁹. En ese momento se evaluaba el número de refugiados en Francia en 2.500. Se extremaban las medidas de vigilancia fronteriza para evitar la delincuencia y la inseguridad. El prefecto recordaba “On n’a pas oublié ici le brigandage des trabucaires, qui, après être entrés en France dans donné lieu à un procès très célèbre”⁷⁰, aunque parecía que el orden público del departamento se mantenía tranquilo tras la pacificación del mes de noviembre.

El indulto general fue concedido en 29 de febrero de 1876, y se completó con otras medidas en febrero y marzo de 1877. Una amnistía en la práctica, con

peticiones de indulto que le llegaban. AMAE, Paris, Mémoires et Documents, vol. 362, enero-febrero de 1876. La mayor parte de la tropa entró por Saint Jean Pied de Port, 12.200, un millar por Aldudes, otros tantos por Ainhoa y 100 por Tardets. Eso sin contar 800 oficiales.

⁶⁷ Para el desarrollo de la guerra Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ, *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya, 1872-1875*, Girona: Quaderns del Cercle d’Estudis Històrics i Socials, 2004, en especial el capítulo V titulado “Pacifcació i desfeta del carlisme català”, pp. 215-265, y el gráfico II que da cuenta de las presentaciones a indulto entre 1872 y 1875, pp. 518. Ofrecen datos parecidos las obras generales de Juan B. VILAR, *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid: Síntesis, 2006, y C. SOLDEVILLA ORIA y G. RUEDA, *El exilio español (1808-1975)*, Madrid: Arco Libros, 1998.

⁶⁸ Carta del Cónsul español en Perpiñán al Ministro de asuntos exteriores, de 4 de noviembre de 1875, AMAE, Madrid, legajo H/2015.

⁶⁹ “Releve des dépenses occasionnées depuis le 1 janvier 1875 par les réfugiés espagnols interne’s en France”. Documento dirigido por el Ministro del interior al Ministro de asuntos exteriores francés, Paris, 28 de octubre de 1875. AMAE, Paris, Mémoires et Documents, septiembre-octubre de 1875, vol. 357. Las sumas en francos ascendían a las siguientes cantidades: enero, 3.206,95; febrero, 2.147,05; marzo, 3.839,65; abril, 3.509,55; mayo, 5.649,45; junio, 5.149,45; julio, 10.149,30; agosto, 13.406,17; septiembre, 10.791,34.

⁷⁰ Carta del Prefecto al Ministro de asuntos exteriores, Perpiñán, 10 de diciembre de 1875. AMAE, Paris, Mémoires et Documents, vol. 361. Existe una buena monografía al respecto de LI. MIRÓ y SOLÀ, *L’alba dels matiners. El procés dels trabucaires (Perpinyà, 1845-1846)*, Catarroja: Afers, 2008.

la condición que los desertores acabaran el servicio militar. El cónsul recibió la orden del capitán general de Cataluña de repatriar los refugiados en abril de 1876, y una orden análoga se dio en otras legaciones. El 29 de diciembre, dicho cónsul comunicaba al ministro de estado la cifra de 9.000 carlistas refugiados en los cuatro departamentos de la demarcación consular, número a todas luces exagerado, pero indicativo del grado elevado de acumulación de fuerzas en su demarcación. Por esas fechas se establecieron los depósitos de internamiento en Le Mans (Sarthe), Limoges (Haute-Vienne), Bourges (Cher), Dordogne, Haute-Garonne, Indre-et-Loire, Loire-Atlantique, Loiret, Lot-et-Garonne, Maine-et-Loire, Nord, Vienne, Haute-Vienne, Tarn-et-Garonne e Indre⁷¹.

La mayor parte de los carlistas se acogieron a la fórmula del indulto y fueron repatriados, siendo relativamente pocos los que desearon quedarse, ya fuera por ser cabecillas con delitos de sangre, o por tratarse de desertores temerosos de ser castigados y enviados a Cuba. Disponemos de listas de carlistas, prófugos y desertores internados, así como listas de españoles repatriados, que el consulado español en Perpiñán elaboró desde el mes de octubre de 1875 hasta octubre de 1876. El número de internados se elevó a 1.010 individuos, si bien para el período comprendido entre febrero y marzo de 1876, no disponemos de datos. Un estado nominal de carlistas presentados en el consulado para acogerse a indulto registraba la modesta cifra de 263 individuos.

Sin embargo, mucho más interesante pudo ser el estado nominal de carlistas repatriados a España a través de Perpiñán, fechado entre el 6 de marzo y el 7 de julio de 1876, que se elevó a 1.347 individuos⁷². Con posterioridad, unos pocos de ellos se acogieron al decreto de 20 de febrero de 1877, que perdonaba el delito de desertión. Entre los meses de abril y mayo, los estados nominales del cónsul español en Perpiñán registraron la reducida, pero significativa cifra, de 43 individuos de clase militar presentados⁷³. En síntesis, éste panorama sugeriría matizar ciertas interpretaciones, como las que convienen que la historia del exilio fue una historia marcada por la exclusión y el fatalismo. La política de indultos aplicada en Cataluña por Martínez Campos en 1875, y por Cánovas en 1876, cambió el escenario por completo, impidiendo que se enquistase una emigración numéricamente mayor, situación que tampoco interesaba a las autoridades francesas. Una política que perseguía recuperar y aglutinar a los sectores católicos que durante el sexenio habían marchado del campo conservador.

⁷¹ Relación del Ministro del interior al Ministro de asuntos exteriores francés, AMAE, Paris, 28 de octubre de 1875, volumen correspondiente al tomo Mémoires et Documents, septiembre-octubre de 1874.

⁷² Diversas relaciones y estados nominales en AMAE, Madrid, consulado en Perpiñán, legajo H/2015.

⁷³ Documentación del Cónsul al Ministro de la guerra. Servicio Histórico Militar, 2^a-4^a, legajo 120.

Otro asunto es el de la diversa situación social de los emigrados. La palabra símbolo “¡Volveré!”, que don Carlos pronunció al cruzar la frontera por Arnéguy, permitirá dejar para los años venideros un horizonte abierto de esperanza a nuevas generaciones. Con todo, lo que comenzó como un “éxodo”, la salida de lo mejor de la nación carlista, terminó siendo menos heroico y más prosaico si nos atenemos a la precaria situación de los carlistas sin recursos pecuniarios.

El comisario especial francés encargado de visitar los depósitos hizo comprender a los internados que los subsidios se destinarían sólo a los que no encontrasen trabajo. La mayoría de oficiales se encontraba en la miseria, incluso jefes destacados como Rafael Tristany, porque éstos no querían trabajar con las manos. El ministro del interior tenía noticias que aseguraban haber visto algunos carlistas mendigar por las calles de Angulema y en otras ciudades. La mayoría de voluntarios había podido encontrar trabajo en el campo, en establecimientos industriales y en las canteras públicas. Un cierto número parecía querer establecer su residencia en el punto de internamiento, bien acogidos por las autoridades y la población que, por lo común, estaba satisfecha con su conducta⁷⁴. Un sector de los carlistas rechazaba acogerse a indulto en la creencia de ser tratados como desertores y enviados a Cuba. Aguantaban como podían gracias a los socorros de sus familiares, con tal de no acabar en España.

De las diversas entrevistas realizadas a exiliados en Perigueux, en mayo y junio de 1876, se desprende que la mayoría no quería someterse. Sirva de ejemplo Manuel O’Callaghan, médico de Uldecona y de posición aseada, que no quería ir a Argelia y esperaba instrucciones de su familia. Tampoco deseaba trabajar ni ir a Argelia Josep Baró, estudiante de familia pudiente de Castellciutat. Otros, como Ramon Porredón, de Oliana, pertenecían a una familia pobre y tuvo que quedarse a vivir de su oficio como peluquero. Situaciones desesperadas, como la de Josep Pere Casellas, confitero de La Selva del Camp, con la salud delicada a sus 60 años y que deseaba recibir el subsidio o trabajar en una institución como vigilante, pero jamás ir a Argelia. Testimonios recuperados del anonimato, como el de Ramón Gironella, joven de familia humilde que trabajaba de criado en España y que en Francia trapi-cheaba de paleta, o el de Alberto Pallerola, de Orgañá, zapatero de 24 años, enfermo y con dificultades para trabajar, necesitado del subsidio para sostenerse hasta su vuelta a España.

Las familias con recursos no querían trabajar y aguantaban el internamiento o volvían con condiciones. Por contra, los emigrados de condición humilde y

⁷⁴ Carta del Ministro del interior al Ministro de asuntos exteriores, Paris, 11 de abril de 1876. AMAE. Paris, Mémoires et Documents. Espagne. XI. Supplément.

con oficio, aspiraban a trabajar para ganar su sustento, mientras los enfermos y achacosos lo tenían más difícil. El subsidio podía dulcificar ese estado y ayudar a resistir unos meses. El mercado de trabajo francés permitió a algunos trabajar en el campo, tal y como dijo el prefecto de la Alta Garona, porque los obreros agrícolas eran muy buscados.

De una lista de 123 internados en el departamento de la Sarthe, casi todos, 112, deseaban quedarse y recibir subsidio, mientras muy pocos optaron por ir a Argelia, 3, y otros tantos trabajar, tan solo 8. Ese tipo de situaciones debió darse en puntos de concentración de jefes y oficiales. El leridano Domingo Coll, de 71 años, manifestaba no tener costumbre de trabajar y precisaba de subsidio hasta la espera de una amnistía. Otro que no estaba acostumbrado al trabajo manual y necesitaba subsidio era Blas Laborda, de Tarragona y de 27 años, pese a pertenecer a una familia poco adinerada.

Por su lado, Jerónimo Esteller, veterinario de Uldecona, rechazaba Alfonso XII, tranquilo como estaba porque ganaba dinero sirviendo a un propietario francés. Otros emigrados manifestaban sus motivaciones sociales y políticas. José Turias, de Vilafant, albañil de 23 años, al ser preguntado por qué no iba a España, respondió que temía la conscripción; un caso idéntico al de Antonio Serret, de 22 años y de Sant Martí de Maldá. Baudilio Loderet, joven de 22 años y de Figueres, confesó “ne possede rien”, y también tenía miedo a la recluta.

Sin fortuna, débil posición tras la guerra, no posee nada, son expresiones comunes en otros tantos casos, anónimos muchos de ellos, sobre la condición de refugiado. En el fondo, la mayoría de ellos esperaba la amnistía⁷⁵. En un contexto de parálisis, la cámara de los diputados francesa se vio obligada a votar un crédito suplementario para los emigrados, el 8 de agosto de 1876, advirtiendo que los subsidios no se iban a alargar. En resumen, cabe entender el exilio desde una perspectiva social más amplia que la del oficio, incorporando categorías definidas por situaciones como las vividas por caudillos y voluntarios, eclesiásticos y conspiradores o entre prófugos y desertores. Incorporar distinciones como la negativa al trabajo manual de algunos, o la oportunidad de desarrollar una nueva vida para otros, al margen de las solidaridades legitimistas.

Martí de Riquer y de Comelles, que tanto protagonismo había tenido en 1869, fue un ejemplo prematuro de carlista desmoralizado, objeto de injustas críticas y que reveló un recorrido interesante en la emigración posterior. En su correspondencia privada expresó el deseo de apartarse de la vida política activa, mezclado

⁷⁵ Archives Nationales, Paris, serie F 7/ 12689.

con un tono amargo: “Que conozco muchos charlatanes, otros perdidos que se han forrado bien el bolsillo sin padecer y exponer la vida y bastantes titulados C..., que esperan el triunfo de la causa para arrebatarse los destinos con las manos muy limpias”. Recuperó la moral en 1874 al entrevistarse con el rey en Durango y obtener el encargo de Inspector General de Correos del Principado. El mes de noviembre de 1875 obtuvo el pase de indulto y volvió a su propiedad, absorbido por los asuntos familiares, sin abandonar la causa⁷⁶.

Algunos cabecillas carlistas de nuevo cuño, como Martín Miret, prefirieron integrarse con el grado de coronel en el ejército regular en Cuba, después de montar en Toulouse un negocio de comercio de aves. Los viejos caudillos experimentados en la guerra de partidas, encontraron un hueco donde cicatrizar sus heridas. Francesc Savalls vivió en Niza, maldecido por supuestas traiciones. El viejo caudillo catalán, Rafael Tristany, estuvo alojado en Lourdes, cuidado por el antiguo capellán del batallón de zuavos, Josep Espinós, y que ahora celebraba misa diaria en el santuario. O el caso de Vicente Ruiz, que sufrió la primera emigración en Bourges; ejemplo de guerrillero, dijeron de él las crónicas legitimistas que sirvió a la familia real como un *chouan* heroico. Carlos de Lazerme lo recordaba viviendo alojado en una de sus propiedades, y luego enterrado en el panteón familiar del cementerio de Saint-Martin de Perpiñán⁷⁷. En Cete vivió Luis de Argila, en Marsella Joan Castells y Pascual Cucala, y en Aviñón Francesc Auguet. En Beziers unos cuantos más, Francisco Orri (a) Xic de Sallent, junto a Pedro Masana y el último secretario de Savalls, Rafael Ferré. Casi todos ellos murieron en el destierro, mientras que otros siguieron al pretendiente en sus viajes formando parte de su séquito, como el conde Coma de Prat y el marqués de Tamarit.

Más allá del mito del mártir carlista, del esforzado emigrado, existieron otras realidades más prosaicas. En ese sentido debe recordarse el asesinato del Abad del seminario de Prades, cometido en 1876. Segundo Roldán Morales, originario de Albacete, había desertado del ejército para entrar en las partidas de Savalls. Al pasar la raya tomó ocupación como jardinero del seminario. Un romance popular relató: “pasados algunos meses, quedaron muchos perplejos, al ver faltaron conejos, y gallinas varias veces”. Tras robar la caja del seminario y ser sorprendido, se deshizo del abad. Segismundo pasó por ser el último guillotinado sometido a un proceso multitudinario. Un testimonio que ponía en entredicho, a ojos de los coetáneos, las virtudes de la cruzada carlista.

⁷⁶ Martí de RIQUER, *Quinze generacions d'una família catalana...* op. cit., pp. 1240.

⁷⁷ A ese respecto, de nuevo Carlos de LAZERME, *Carlistes et légitimistes (souvenirs)*, op. cit.